



Eres la pieza de un puzle.
Pero puedes decidir no encajar en él.

TAN CERCA

BETH REVIS

ACROSS THE UNIVERSE 2

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Cubierta: Marta Mesa
Traducción: Xohana Bastida

Título original: *A Million Suns*
Publicado originalmente por Razorbill

© Beth Revis, 2012
© de esta edición en castellano:
Ediciones SM, 2012
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323
Fax: 902 241 222
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Cada bloque de piedra guarda una estatua en su interior.
El escultor solo tiene que descubrirla».

MIGUEL ÁNGEL

Dedicado
a Merrilee,
por proporcionarme la piedra,
y
a Beth y Gillian,
por darme el cincel.

Dei gratia.



[1] ELDER

—No va a ser fácil —susurro mientras contemplo la puerta metálica de la sala de máquinas, en el nivel de navegación de la *Fortuna*.

En el reflejo mate veo los ojos oscuros de Eldest justo antes de morir, y también veo la sonrisa torcida de Orion mientras disfrutaba de la muerte de Eldest. En alguna parte, bajo mis rasgos clonados y el recuerdo de cada Eldest que me ha precedido, tiene que haber algo que sea solo mío, exclusivamente mío e imposible de encontrar en el material genético que hay en el laboratorio de abajo.

Al menos, eso me gusta pensar.

Paso el pulgar sobre el escáner biométrico. Al abrirse, las puertas se llevan la imagen de un rostro que nunca he sentido como mío.

Un olor mecánico —una mezcla de metal, grasa y alguna sustancia en combustión— me envuelve al entrar en la sala de máquinas. Las paredes vibran con el latido amortiguado del motor de la nave, un bruum, uiii, bruum que antes me parecía hermoso.

Los navegadores de elite me esperan en posición de firmes. En la sala de máquinas suele haber una actividad frenética, con decenas de nave-

gadores que intentan localizar la avería de nuestro reactor refrigerado por plomo; pero hoy he solicitado un encuentro privado con los diez mejores navegadores, los oficiales de mayor graduación que dependen directamente de mí.

Comparado con ellos, me siento desaliñado. Llevo el pelo demasiado largo y despeinado, y debería haber reciclado mis ropas hace mucho tiempo. Ellos, sin embargo, van vestidos con túnicas y pantalones impecables. Los navegadores no tienen uniforme —nadie va de uniforme en esta nave—, pero Marae, la navegadora primera, exige pulcritud a todos los que trabajan a sus órdenes, y sus subordinados van ataviados con la misma ropa de tonos oscuros que lleva ella.

Marae pertenece a la generación de los veintitantos años. Es poco mayor que yo, pero ya tiene patas de gallo y su boca dibuja una curva descendente. Un carpintero podría comprobar la precisión de su nivel guiándose por el corte del flequillo de Marae. Amy dice que todos los tripulantes de la *Fortuna* nos parecemos. Dado que somos monoétnicos, supongo que en cierto modo tiene razón. Pero nadie podría confundir jamás a Marae con ninguna otra persona, ni pensar que se encuentra ante alguien de menor categoría que un navegador de elite.

—Eldest —dice a modo de saludo.

—Ya te he dicho que me llames Elder.

Marae frunce el ceño. La gente empezó a llamarme Eldest en cuanto asumí el cargo. Siempre he sabido que en algún momento me convertiría en Eldest, aunque nunca soñé que sería tan pronto. Aun así, nací para este puesto. Soy este puesto. Y aunque sea incapaz de identificarme con él, lo noto en el modo de cuadrarse de los navegadores y en cómo Marae espera a que le diga algo.

Pero no puedo aceptar ese nombre. La primera vez que alguien me llamó Eldest delante de Amy, ella entornó los ojos y se quedó helada durante un minuto. Fue más que suficiente para comprender que nunca podría soportar que me mirase y viese a Eldest.

—Puedo hacer de Eldest sin cambiar de nombre —digo.

Marae no parece estar de acuerdo, pero lo deja pasar.

Los otros navegadores de elite me miran expectantes. Están inmóviles, con la espalda recta y cara de perplejidad. Sé que su perfección se debe en parte a la mano dura de Marae como primera navegadora, pero también sé qué otra parte es herencia del pasado, de lo mucho que les exigía Eldest antes de que lo matasen.

En su obediencia estoica no hay ni rastro de mí.

Me aclaro la garganta.

—Necesitaba... eh... hablar con vosotros, los navegadores de elite, sobre el motor.

Trago saliva y noto en la boca un sabor amargo. Procuro no dirigir la vista hacia ellos. Si miro sus rostros —esos rostros mayores y más experimentados que el mío—, perderé los nervios.

Pienso en Amy. La primera vez que la vi, solo distinguí su pelo de un rojo intenso arremolinándose como tinta helada en el agua, y su piel pálida, casi tan traslúcida como el hielo que la rodeaba. Ahora, al recordarla, veo el gesto decidido de su mandíbula, su postura erguida que la hace parecer más alta cuando se enfada.

Respiro hondo y doy unas zancadas hacia Marae. Nuestras miradas se cruzan; tiene la espalda recta y los labios apretados. Aunque estoy

invadiendo su espacio, ella no retrocede. Levanto los brazos y le empujo los hombros con tanta fuerza que se estampa contra la mesa de mandos de detrás. Las emociones asoman a las caras de sus subordinados: la navegadora segunda Shelby parece confusa; el navegador noveno Buck entorna los ojos y aprieta los dientes; el navegador tercero Haile le susurra algo al navegador sexto Judee.

Pero Marae no reacciona. Su comportamiento demuestra lo diferente que es de los demás habitantes de la nave: ni siquiera cuestiona mi autoridad cuando la empujo.

—¿Por qué no te has caído? —pregunto.

Marae se separa de la mesa de mandos.

—El borde ha frenado mi trayectoria —contesta en tono frío, aunque capto cierto recelo en sus palabras.

—Habrías seguido cayendo si algo no te lo hubiese impedido. Es la primera ley del movimiento —cierro los ojos brevemente, intentando recordar todo lo que he estudiado para preparar esta conversación—. En Tierra Solar había un científico llamado Isaac Newton.

Se me traba la lengua al decir el nombre; no estoy seguro de cómo hay que pronunciar una palabra con dos aes seguidas. Seguro que lo he hecho mal, pero no me importa. Además, los otros saben de sobra a quién me refiero. Shelby mira a Marae con nerviosismo; sus ojos recorren una, dos, hasta tres veces la cara extrañamente impertérrita de la navegadora primera. La fría pose de los demás navegadores se derrite.

Reprimo una sonrisa de amargura: cualquiera diría que me dedico a quebrar el orden perfecto que a Eldest tanto le costó crear.

—Al tal Newton se le ocurrieron algunas leyes del movimiento. Las cosas sobre las que escribió parecen evidentes del frexo, pero...

Niego con la cabeza, perplejo por lo sencillas que eran las leyes que formuló. ¿Cómo no se me había ocurrido pensarlo antes? Y Eldest... ¿Por qué me enseñó los fundamentos de todas las ciencias pero no se le ocurrió nombrar a Newton ni a sus leyes del movimiento? ¿No las conocería, o es que también quería ocultarme esa información?

—Lo que más me llama la atención es lo que dice de la inercia —digo mientras echo a andar, una costumbre que me ha pegado Amy.

Me ha pegado muchas cosas, incluida la costumbre de dudar acerca de todo. Todo.

Mi duda principal es un temor que no me he atrevido a expresar hasta ahora, hasta el momento de plantarme frente a los navegadores mientras el motor vibra a mis espaldas.

Cierro los ojos unos segundos y, en la negrura que hay tras mis párpados, veo a mi mejor amigo, Harley. Veo el vacío del espacio cuando se abrió la escotilla y su cuerpo salió despedido. Veo el esbozo de una sonrisa en sus labios justo antes de morir.

—En el espacio no hay fuerzas externas —explico en un tono de voz apenas más alto que el bruum, uiii, bruum del motor.

Ninguna fuerza podría haber impedido que Harley saliese disparado por la escotilla hace tres meses. Y ahora que está en el espacio, no hay fuerza alguna que pueda impedirle flotar eternamente entre las estrellas.

Los navegadores me observan expectantes. Marae entorna los ojos. No piensa facilitarme las cosas: voy a tener que arrancarle la verdad.

—Eldest me dijo que el motor estaba perdiendo rendimiento, que llevábamos cientos de años de retraso y que teníamos que arreglarlo si queríamos llegar a Tierra Centauri —prosigue. Me doy media vuelta y escruto el motor como si pudiera responderme—. Pero no lo necesitamos, ¿verdad? No necesitamos combustible. Solo hace falta el suficiente para alcanzar la velocidad máxima. Luego podríamos apagar el motor. Aquí no hay fricción ni gravedad: la nave seguiría atravesando el espacio hasta llegar a nuestro destino.

—Sí, esa es la teoría —no sé si la voz de Maraé suena recelosa porque no confía en la teoría o porque no confía en mí.

—Si el motor no funciona, y lleva décadas sin funcionar, el problema debería ser que vamos demasiado rápido, ¿no? Que corremos el peligro de pasar de largo el planeta al que nos dirigimos...

Mi voz empieza a vacilar. Lo que estoy diciendo contradice todo lo que creía saber, pero desde la muerte de Eldest he estado investigando el problema del motor y no encuentro una correlación entre lo que me contó Eldest y lo que he aprendido en los libros de Tierra Solar.

—¡Frexo! —estallo—. En realidad, nuestro problema debería ser que vamos a estrellarnos contra Tierra Centauri porque no podemos reducir la velocidad, ¿no que vamos a flotar sin rumbo por el espacio!

Me imagino que el motor tiene ojos y que él también está observándome.

Recorro a los navegadores con la mirada y, en ese momento, comprendo que todos —¡todos!— saben que nuestro problema no reside en el combustible ni en la aceleración. Lo saben desde el principio, no les he dicho nada nuevo. Claro que los navegadores de elite conocen

a Newton, las leyes físicas y la inercia; faltaría más. Nunca se han creído las mentiras de Eldest sobre el combustible y el retraso en nuestro viaje.

He sido un estúpido del frexo al pensar lo contrario.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto, y mi bochorno alimenta la rabia que siento—. ¿Le ocurre algo al motor? ¿Y al combustible?

Las miradas de los navegadores se dirigen a Marae, pero ella me escruta en silencio.

—¿Por qué me mintió Eldest sobre esto?

Siento que pierdo el control. No sé qué me esperaba. ¿Que resolvería el gran problema y que los navegadores se apresurarían a arreglarlo? No sé; creí que sería suficiente con decirles que las leyes de la física contradicen todas las explicaciones que me dio Eldest. No pensaba que diría lo que he acabado diciendo, y que mirarían a la navegadora primera en vez de a mí.

—Eldest te mintió —responde Marae con calma— porque nosotros le mentamos a él.





[2] AMY

Una gota de agua se estrella contra el suelo metálico.

Cierro los ojos sin hacer caso del frío y me concentro en la oscuridad que se oculta tras mis párpados.

—Voy conduciendo por una autopista vacía —digo en voz alta, y mi voz rebota en las paredes metálicas—. Las ventanillas están bajadas y la música suena a todo volumen —intento recordar más detalles—. Está tan alta que hace vibrar la puerta del coche; tan alta que el retrovisor se estremece y el reflejo se ve borroso. Saco el brazo por la ventanilla con la palma de la mano hacia abajo, como si volara.

Cae otra gota de agua, esta vez sobre mi pie descalzo, y me estremezco desde la punta de los pies hasta la raíz del pelo.

—Montar en coche: eso es lo que más añoro —susurro.

Abro los párpados y dejo caer los brazos, que había levantado tontamente mientras me imaginaba que conducía.

Se acabaron los coches. Se acabaron las autopistas interminables.

Solo queda esto.

Dos cápsulas de criopreservación descongelándose a bordo de una nave espacial que cada día se me hace más pequeña.

Plip. Plip.

Estoy jugando con fuego, lo sé. Mejor dicho, con hielo. Debería volver a meter a mis padres en sus cámaras de criopreservación antes de que se descongelen aún más.

Pero no lo hago.

Jugueteo con la cruz que llevo al cuello, una de las pocas cosas que me quedan de la Tierra. Esto —quedarme sentada en el suelo del nivel de criopreservación, mirando a mis padres congelados y recordando una por una todas las cosas que echo de menos— es para mí una especie de oración.

Elder se burló de mí una vez por rezar y me pasé una hora reprochándoselo. Al final, acabó levantando las manos entre risas y me dijo que, si iba a aferrarme a mis creencias con tanta fuerza, podía creer en lo que quisiera.

Qué ironía: todo lo que soy, incluido aquello en lo que antes creía, se me escapa ahora entre los dedos.

Antes, la vida era más sencilla. Más fácil. Todo estaba planificado. Mis padres y yo seríamos crionizados, despertaríamos trescientos años más tarde y el nuevo planeta estaría esperándonos.

Pero lo único que sucedió según lo previsto fue que nos crionizaron a los tres. Y luego yo me desperté antes de... No. No. Fue Elder quien me despertó antes de tiempo. No puedo olvidar eso. No puedo olvidar que por su culpa yo estoy ahora aquí. Los tres meses que hemos pasado juntos no pueden borrar la vida que me arrebató.

Por un momento imagino la cara de Elder. No lo veo guapo y noble como ahora sé que es, sino desdibujado como la primera vez que lo vi, cuando se agachó sobre mi cuerpo desnudo y tembloroso después de sacarme del ataúd de cristal donde me había encontrado. Recuerdo la cálida cadencia de su voz, sus palabras al decirme que todo iría bien.

Mentiroso...

Y sin embargo, no lo es. De todos los habitantes de la nave, incluidos los cuerpos congelados de mis padres, Elder es el único que me ha dicho la verdad y ha esperado a que la acepte.

La imagen borrosa de Elder cobra nitidez en mi cabeza. Ahora lo recuerdo bajo la lluvia. Aquella noche, en el nivel de alimentación, los aspersores del techo soltaron «lluvia» sobre nuestras cabezas con tal fuerza que las flores se doblaron. Yo estaba asustada, insegura. Las gotitas de agua se escurrían por el pelo de Elder, le caían sobre los pómulos y de ahí le bajaban hasta los labios...

Niego con la cabeza: soy incapaz de odiarlo. Pero tampoco puedo... En fin, digamos que soy incapaz de odiarlo. A quien sí odio es a Orion.

Me abrazo las rodillas y observo los rostros helados de mis padres. Lo peor de despertar en una nave tan desquiciada como esta es que no tengo nada que hacer salvo matar el tiempo y lamentarme.

Aquí no sé quién soy. Sin mis padres, no soy hija de nadie. Sin la Tierra, apenas me siento humana. Necesito algo que vuelva a llenarme, algo por lo que definirme.

Cae otra gota.

Han pasado noventa y ocho días desde que desperté, más de tres meses. Y lo que debería ser una espera de cincuenta años hasta el aterrizaje se ha convertido en un interrogante. ¿Aterrizaremos algún día?

Esa es la pregunta que me hace bajar hasta aquí, la pregunta que me hace abrir las cámaras de criopreservación de mis padres y quedarme mirando sus cuerpos congelados. ¿Aterrizaremos algún día? Porque si es verdad que esta nave está perdida en el espacio y no hay posibilidad de llegar al nuevo planeta... entonces, bien puedo despertar a mis padres.

Y, sin embargo, le prometí a Elder que no lo haría. Hace cosa de un mes le pregunté qué sentido tenía mantenerlos congelados. Si no íbamos a aterrizar, ¿por qué no podía despertarlos ya?

Cuando nuestras miradas se cruzaron, vi compasión y tristeza en sus ojos.

—La nave sí que va a aterrizar.

Tardé unos segundos en entender lo que quería decir: la nave aterrizará, pero nosotros no. Por eso mantengo la promesa que les hice a mis padres y a él. No voy a despertarlos. No mientras haya alguna posibilidad de que se cumpla su sueño de llegar al nuevo mundo.

De momento estoy dispuesta a conformarme con esa posibilidad. Pero ¿qué pasará dentro de otros noventa y ocho días? Quizá entonces ya no me importe que la nave pueda aterrizar en el futuro. Quizá entonces seré lo bastante valiente para pulsar el botón de reanimación y dejar que sus cápsulas se descongelen hasta el final.

Me incorporo un poco para que mis ojos queden a la altura de los de mi padre, aunque los suyos sigan cerrados tras unos cuantos centí-

metros de hielo salpicado de motas azules. Trazo su perfil con el dedo, y el cristal empañado se hace transparente al contacto con mi piel. El frío penetra en mí y recuerdo fugazmente el momento —apenas una fracción de segundo— en que sentí frío antes de no sentir nada.

No recuerdo cómo es mi padre cuando sonrío. Sé que las comisuras de los ojos se le arrugan al reírse y que le tiemblan los labios, pero no puedo imaginarlo mirando su cara helada.

Este hombre no se parece a mi padre. Él estaba lleno de vida, y este cuerpo inmóvil... Sé que mi padre está ahí dentro, en alguna parte, pero me cuesta creerlo.

No lo veo.

Devuelvo las cápsulas a su sitio y cierro las puertas de golpe.

Me pongo en pie lentamente, sin saber qué hacer. Pasadas las cámaras de criopreservación, hay un pasillo lleno de puertas bloqueadas. Solo se abre una, la que tiene una mancha de pintura roja junto al panel de control. Da paso a una ventana hacia las estrellas.

Antes iba mucho por allí, porque mirar las estrellas hacía que me sintiese normal. Ahora, sin embargo, hace que me sienta como la anomalía que casi todos los habitantes de la nave dicen que soy. ¿Y por qué? Pues porque soy la única que las echa de menos de verdad. De las dos mil y pico personas que hay en la nave, yo soy la única que sabe lo que es tumbarse en el césped, estirar los brazos para atrapar las luciérnagas que flotan perezosamente entre las estrellas. Soy la única que sabe que el día debe transformarse en noche lentamente, y no encendiendo y apagando un interruptor.

Soy la única que ha abierto los ojos de par en par y ha visto únicamente el cielo.

No quiero volver a quedarme embobada mirando las estrellas.

Antes de salir del nivel de criopreservación, me aseguro de que las puertas de las cámaras de mis padres están bien cerradas. En la puerta de mi padre aún se ve el rastro de una equis. Repaso los brochazos con las yemas de los dedos: los pintó Orion para señalar a la gente a la que pensaba matar.

Ya en el ascensor, saco la cabeza para mirar la puerta del laboratorio genético. El cuerpo congelado de Orion está allí dentro.

Podría despertarlo. No sería tan sencillo como reanimar a mis padres: tendría que hacer bastantes más cosas que pulsar un botón de reanimación, pero sé que podría hacerlo. Elder me dijo que su tubo de crionización era diferente a las demás cámaras, y me enseñó el temporizador que habría que conectar para reanimar a Orion y el orden en que debería pulsar los botones. Podría despertarlo y, mientras volviese lentamente a la vida, podría hacerle la pregunta que me deja vacía por dentro cada vez que miro sus ojos saltones a través del hielo.

¿Por qué?

¿Por qué asesinó a varias personas congeladas, indefensas? ¿Por qué señaló a mi padre como el siguiente de la lista?

Y lo que es más importante, ¿por qué empezó a matarlos cuando lo hizo?

Sí, Orion pensaba que los militares congelados obligarían a los nacidos en la nave a convertirse en soldados o en esclavos. Pero ¿por qué

desconectarlos ahora, cuando el aterrizaje en el nuevo planeta resulta imposiblemente lejano?

Orion llevaba muchos años oculto para que no lo descubriera Eldest. Podría haber seguido oculto si no hubiese empezado a matar.

Creo que la pregunta que me hago no es solo «¿Por qué?», sino...

¿Por qué ahora?





[3] ELDER

Me quedo mirando a Marae, boquiabierto.

—¿Qué... qué frexo dices? —tartamudeo por fin.

Marae echa los hombros hacia atrás y eleva la barbilla un poco más. Observo de soslayo a los demás navegadores. Los ojos de Marae solo enfocan a los míos: no necesita a nadie más para confirmar quién es ni ratificar lo que cree.

—Como comprenderás, Eldes... Elder —dice—, nuestro cometido principal como navegadores no es arreglar el motor.

Levanto la voz con indignación.

—¡Pues claro que es arreglar el motor, frexo! ¡El motor es la parte más importante de la nave!

Marae niega con la cabeza.

—El motor es una parte más. Tenemos que centrarnos en la *Fortuna* como un todo.

Espero a que prosiga mientras el motor zumba detrás de nosotros. Es el latido de la nave.

—A la *Fortuna* le pasan muchas cosas, como ya habrás podido comprobar —Marae frunce el ceño—. La nave no es nueva precisamente. Conoces las leyes del movimiento, pero ¿has estudiado la entropía?

—Pues... eh... —me vuelvo hacia los otros navegadores. Tienen la mirada fija en mí, expectantes, pero yo no dispongo de respuestas.

—Todo avanza constantemente hacia el caos, hacia un estado de desorden, destrucción y desintegración, Elder —afirma Marae, y esta vez no vacila al pronunciar mi nombre—. La *Fortuna* es muy antigua y se está cayendo a trozos.

Quiero negarlo, pero no puedo. El bruum, uiii, bruum del motor se convierte en un estertor que rebota por toda la sala. Cierro los ojos, pero no oigo el ruido mecánico de los engranajes ni huelo la grasa recalentada: oigo a dos mil setecientos sesenta y tres personas respirando con dificultad y percibo el hedor de dos mil setecientos sesenta y tres cadáveres en estado de descomposición.

Así de frágil es la vida en una nave generacional: el peso de nuestra existencia descansa sobre un motor renqueante.

Hace tres meses, Eldest me dijo que mi trabajo consistía en ocuparme de la gente, no de la nave; sin embargo, yo sé que ocuparse de la nave es lo mismo que ocuparse de la gente. Detrás de los navegadores están los mandos que distribuyen la energía por todos los sistemas. Si destrozase el panel que hay a la espalda de Marae, la nave se quedaría sin aire. Si rompiese el de al lado, se quedaría sin agua. Sin su vecino, no habría luz. Sin el de más allá, se desactivarían los sensores de gravedad. El corazón de la nave no es solo el motor: es toda esta sala, con lo que tiene dentro, y late con tanta vida como las dos mil setecientos sesenta y tres personas que hay en este nivel y en el de más abajo.

Marae estira una mano y Shelby, la navegadora segunda, le pasa un flexible donde ya parpadea la información. Marae lo toca para bajar por la pantalla y me lo ofrece.

—La semana pasada tuvimos que hacer dos arreglos muy importantes en el compartimento de fusión interna de la lámpara solar. El rendimiento de los cultivos está muy por debajo de lo normal, y en el sistema de riego no dejan de aparecer fugas. La producción de alimentos apenas es suficiente desde hace más de un año, y pronto habrá escasez. La productividad laboral ha descendido considerablemente en estos dos últimos meses. Mantener viva la nave no es poca cosa.

—Pero el motor... —digo estudiando el flexible, lleno de diagramas con flechas que apuntan hacia abajo y gráficos de barras que se hundían hacia el final.

—¡Al frexo el motor! —grita Marae, y los demás navegadores dan un respingo al oírla gritar. Ella respira hondo, temblorosa, y se aprieta con los dedos el puente de la nariz—. Lo siento.

—No pasa nada —musito, porque sé que no abriré la boca hasta que se lo diga.

—Nuestro cometido está muy claro..., Elder —prosigue Marae, haciendo hincapié en cada palabra y controlando su mal genio—. La nave va antes que el planeta. Si tenemos que elegir entre mejorar las condiciones de vida a bordo de la nave y trabajar en el motor para acercarnos más a Tierra Centauri, siempre elegiremos la nave.

Aferro el flexible, sin saber qué decir. Marae casi nunca revela sus sentimientos y jamás pierde el control. No estoy acostumbrado a ver en su cara nada que no sea calma y compostura.

—Pero podríamos hacer algunos sacrificios para mejorar el rendimiento del motor...

—La nave primero, el planeta después —replica Marae—. Esa ha sido la prioridad de los navegadores desde que aparecimos, después de la epidemia.

No pienso soltar mi presa.

—De eso hace... —intento sumar los años, pero nuestra historia es demasiado confusa por culpa de las mentiras y del fido para determinar con exactitud el tiempo transcurrido—. Desde la epidemia han pasado generaciones y más generaciones. Aunque la nave sea prioritaria, en todo ese tiempo se os ha tenido que ocurrir algo para mejorar el motor de forma que podamos llegar a nuestro destino.

Marae no responde. En su silencio detecto algo sospechoso.

—¿Qué es lo que no me estás contando?

Por primera vez, ella se gira para mirar a los otros navegadores. Shelby asiente con la cabeza tan discretamente que apenas advierto el gesto.

—Fue antes de que me nombrasen navegadora primera. Antes de que naciese. En aquella época, el navegador primero era un hombre llamado Devyn —Marae vuelve a mirar a Shelby—. Los Eldest siempre han escogido minuciosamente a aquellos que recibían información sobre el motor.

Claro: cuantas menos personas conocieran la verdad, mejor.

—Entonces yo era una simple aprendiz —prosigue Marae—, y recuerdo que Elder... el otro Elder, el que te precedió...

—Orion —digo.

Marae asiente con la cabeza.

—Eldest lo envió a realizar alguna labor de mantenimiento en la nave y, cuando volvió, no informó a Eldest. Fue directo a hablar con Devyn. No sé qué le diría, pero a Devyn le impactó mucho. Durante una temporada cesó toda la investigación.

—¿Los navegadores se declararon en huelga? —pregunto horrorizado.

De todos los habitantes de la *Fortuna*, los navegadores son los más leales. No sé si es porque los Eldest confiaban en ellos incluso sin fidus, porque han sido modificados genéticamente o simplemente porque les gusta el sistema de mando centralizado en un Eldest. Sea por lo que sea, su lealtad siempre ha sido inquebrantable.

—No se declararon en huelga exactamente; al menos, no como hicieron los tejedores la semana pasada. Cumplían su cometido con normalidad, salvo en lo relativo a la investigación del motor.

—¿Y cuándo volvieron a investigar? —pregunto.

Soy vagamente consciente de la presencia de los demás navegadores, del profundo silencio y de su incomodidad, pero sigo centrado en Marae.

—Cuando Elder murió —se limita a decir.

Se refiere a Orion. Cuando Orion era Elder, fingió su propia muerte para evitar una mucho más real a manos de Eldest.

—Después de aquello —prosigue Marae—, el navegador primero Devyn retomó la investigación del motor. Sin embargo, el acceso a la información se restringió todavía más. Cada vez permitían acceder al motor

a menos navegadores, y Devyn no era precisamente sincero con Eldest. Cuando pasé a ocupar su puesto, seguí haciendo las cosas como él me había enseñado. Pero empecé a detectar... irregularidades.

—¿Irregularidades?

Marae asiente.

—Las cosas no encajaban. Algunos de los problemas del motor parecían nuevos, como si alguien los hubiese creado intencionadamente poco antes. Todos los registros de la investigación habían desaparecido. Debieron de destruirlos, porque nunca los hemos encontrado.

Así que Devyn engañó a Marae, su aprendiz. Lo que le había contado Orion hizo que Devyn lo cambiara todo, e incluso ocultara información a sus navegadores y a Eldest. Orion me dijo que la *Fortuna* funcionaba en piloto automático y que podría llegar a Tierra Centauri sin nosotros. ¿Por qué iba a decirme algo así, cuando era el único que sabía que los problemas del motor eran más graves de lo que creía todo el mundo?

—Eldest empezó a sospechar, ¿no? —pregunto.

Marae se mira las manos.

—El trabajo de un Eldest es ocuparse de la gente. El de los navegadores consiste en ocuparse de la nave. Pero antes de... antes de morir, sí, creo que se dio cuenta de que algo iba mal.

Me froto la cara. Recuerdo el momento en que advertí que algo no funcionaba bien: durante sus últimas semanas de vida, antes de que Orion lo matase, Eldest pasaba cada vez más tiempo en el nivel de navegación.

¿Cuándo empezaría todo esto? Eldest me dijo que tenía que centrarme en la gente, pero tuvo que haber algún otro Eldest en el pasado que empezara a prestar atención al motor. ¿Qué les pasaría a los demás? Todo esto está relacionado con la epidemia, con el comienzo de las mentiras y del fidus. En algún momento entre la epidemia y el presente, la verdad se perdió. Y, sin embargo, nosotros —todos nosotros: Eldest, los navegadores, los alimentadores, yo...—, estuviésemos o no bajo los efectos del fidus, creímos ciegamente en lo que nos contaban.

—Estoy harto —digo dejando caer los brazos—. Estoy harto de mentiras, de la forma en que se hacían antes las cosas en esta nave. ¿Qué le pasa exactamente al motor? Si nuestro problema no es el rendimiento del combustible, ¿qué es? ¿Vamos demasiado rápido? ¿Vamos demasiado lento? ¿Qué pasa?

Marae se encorva de repente.

—No vamos ni demasiado rápido ni demasiado lento —dice; parece triste y preocupada—. En realidad, no nos movemos.





[4] AMY

Miro la hora en un flexible cuando vuelvo a mi habitación del hospital. Mierda, es más tarde de lo que pensaba. Cada día paso más tiempo en el nivel de criopreservación. Al principio iba corriendo y aprovechaba para hacer ejercicio, pero luego dejé de hacerlo. Ahora solo voy para obligarme a recordar una por una las cosas que añoro de la Tierra, para revivirlas con todos sus detalles. Y al final, me obligo a despedirme de mis padres. Una vez más.

La lámpara solar se enciende e ilumina todo el nivel de alimentación. Aunque la persiana metálica de mi ventana está bajada, por el suelo se desliza un hilo de luz.

Oficialmente, ya es de día. Genial.

Pulso con fuerza el botón que hay en la pared, junto a la puerta. ¡Bip! Unos segundos después, se abre una puertecita metálica y una bocanada de vapor se cuela en la habitación.

—¿Eso es todo? —le digo al pastelito que veo dentro.

Lo saco; la comida que sale de la pared nunca ha sido muy apetitosa, pero esta es la primera vez que la ración me parece pequeña. Me cabe

en la palma de la mano, qué deprimente. Dos bocados después, mi desayuno ha terminado.

Alguien llama a la puerta. Aunque está cerrada con llave, se apodera de mí un miedo irracional.

—¿Amy?

—¿Doc? —pregunto mientras abro y me encuentro con su rostro solemne.

—Quería ver cómo estabas —dice entrando en el cuarto.

—Bien —respondo inmediatamente.

Doc se ha ofrecido en más de una ocasión a proporcionarme mediparches de color azul claro. Según él, son para los nervios, pero yo no los quiero. No confío en sus parches; no confío en ningún medicamento hecho en una nave donde antes se hacía fidus.

—No hablo de tu salud —replica Doc, moviendo la mano para quitarle importancia al asunto—. Me refiero a que... eh... En fin, que me preocupa... tu seguridad.

—¿Mi seguridad? —me dejo caer sobre la cama deshecha.

Doc mira la única silla de la habitación, pero no se sienta. Del respaldo cuelga una chaqueta, y la mesa contigua está atestada de flexibles y libros que me he traído del archivo. No creo que esté dispuesto a sentarse en ninguna parte sin pasar antes una toallita antiséptica y limpiarlo todo con lejía.

Aunque aquí no hay lejía.

Me llama la atención la postura de Doc: tiene los brazos pegados al cuerpo y la espalda rígida. Su cara muestra una expresión seria.

—Supongo que te habrás dado cuenta de que ha aumentado la... En fin, está claro que la gente ya ha eliminado todo rastro de fidos de su organismo. Y ahora lo que tenemos es... La nave no es un lugar especialmente seguro, y menos para alguien con...

—¿Alguien con una pinta tan rara como la mía? —pregunto, pasándome la melena roja por encima del hombro.

Doc se estremece como si mi pelo fuese una blasfemia.

—Sí.

No me está diciendo nada nuevo. Soy la única persona de la nave que no nació aquí. Y mientras que a los habitantes de la *Fortuna* los modificaron genéticamente para que fuesen monoétnicos, yo tengo la piel pálida, los ojos de un color verde intenso y un pelo rojo que me diferencia de los demás. Eldest, el antiguo líder de la nave, no me hizo ningún favor al decirles a todos que yo era un experimento genético fallido. En el mejor de los casos, la gente piensa que soy una anomalía.

En el peor, me echan la culpa de que las cosas se hayan deteriorado tanto.

Hace tres semanas salí a correr por la mañana, como de costumbre, y paré junto a la granja avícola para echar un vistazo a los polluelos. El granjero, un hombre enorme con los brazos tan gruesos como mis piernas, salió acarreado un cubo lleno de pienso, lo dejó en el suelo y... y se me quedó mirando. Luego fue hasta la puerta y agarró una pala. La levantó como si la sopesara y pasó un dedo por el borde afilado y brillante. Eché a correr sin dejar de mirar por encima del hombro. Él siguió observándome, con la pala en la mano, hasta que lo perdí de vista.

Desde entonces no he vuelto a correr.

—No soy tonta —le digo a Doc mientras me levanto—. Ya sé que aquí las cosas no son maravillosas.

Abro la puerta del armario y saco una tira de tela de un granate tan oscuro que casi parece marrón. El tejido es fino y un poco elástico. Empezando en la oreja izquierda, me enrosco la tela alrededor de la cabeza hasta ocultar el pelo. Cuando llego al final, la retuerzo y hago un nudo con las puntas para formar una especie de moño. Recojo la chaqueta de la silla, me la echo por encima de los hombros y me calo la capucha. Por último, oculto la cadena con la cruz bajo la camisa para que no la vea nadie.

—Vale, no es perfecto —digo mientras Doc me examina—. Pero si agacho la cabeza y meto las manos en los bolsillos, no creo que nadie se dé cuenta de lo diferente que soy, a menos que se acerque mucho. Y yo no tengo intención de acercarme demasiado a nadie.

Doc asiente con la cabeza.

—Me alegro de que se te haya ocurrido. Estoy impresionado —pongo los ojos en blanco—. Pero creo que no es suficiente —añade.

Me quito la capucha y le miro a los ojos.

—No pienso quedarme encerrada en esta habitación eternamente. Sé que pensáis que no estoy a salvo ahí fuera, pero no pienso ser más prisionera de lo que ya soy. No puedes retenerme aquí.

Doc niega con la cabeza.

—No, tienes razón. No puedo. Pero creo que necesitas... —su mano se mueve hasta el cuello, donde lleva el intercom implantado bajo la piel.

—¡No!

Esta es una discusión que ya hemos mantenido muchas veces. Ni Doc ni Elder entienden por qué me niego a llevar un intercom. Sé que Elder quiere que lo lleve porque se preocupa por mí, y en cierto modo, a mí también me gustaría poder hablar con él en cualquier momento. Con solo pulsar un botón, podría subir en el tubo gravitacional hasta su nivel, llamarlo o averiguar en qué lugar de la nave se encuentra.

Estaríamos siempre conectados.

Pero también estaría conectada a esta nave, a esta máquina que no es mi hogar. No: no pienso instalarme un intercom, del mismo modo en que no pienso quedarme encerrada en este cuarto. Los intercoms son demasiado... demasiado ajenos a la Tierra. No permitiré que me unan a esta nave. No permitiré que me abran, me implanten algo tan ajeno a la Tierra y me lo conecten al cerebro. Ni hablar.

Doc se mete la mano en el bolsillo, saca algo con un movimiento extrañamente fluido para su rigidez habitual y me lo ofrece.

—Es un... —vacila—. Es un intercom especial.

Miro el objeto que tengo en la mano: es un botón menudo, no más grande que una moneda de diez centavos, del que salen tres cables por cada lado. Si fuera un intercom normal, estaría escondido bajo la piel, detrás de la oreja izquierda, y los cables se adentrarían en la carne. Pero Doc ha trenzado los cables de este hasta formar un círculo que parece una pulsera.

—Dame la mano.

Levanto el brazo de manera automática, pero enseguida tengo dudas y hago ademán de retirarlo. Antes de que lo haga, Doc me agarra la muñeca y me pone la pulsera. La aprieta rápidamente, con cuidado

de no cortarme la circulación, y sujeta los cables con una cincha metálica sin darme tiempo a protestar.

—Tendrás que acercártelo a la boca para hablar —dice—. Y a la oreja para oír las comunicaciones. Eso de ahí es un amplificador —señala la malla negra que envuelve el botón.

Aunque es más pequeño que los auriculares que llevaba cuando salía a correr antes de entrar en clase, está claro que su potencia es mucho mayor. Doc lo prueba enviándome una solicitud de comunicación, y el aparato pita lo bastante alto para oírlo desde la muñeca. Intrigada, me llevo la mano a la oreja y escucho la vocecita electrónica del intercom: «Enlace de comunicación: Doc».

—¿Lo has hecho tú? —pregunto, asombrada.

Doc vacila. Su expresión de inquietud es tan rara en él que dejo de mirar el intercom y escruto su rostro.

—No —dice por fin—. No lo he hecho yo. Me lo he encontrado.

—¿Dónde? —pregunto; el miedo se desliza por mis venas como un puñado de lombrices retorciéndose en el barro.

—En el archivo.

Me miro la muñeca con repugnancia. Solo puedo pensar en la cicatriz con forma de telaraña que atravesaba un lado del cuello de Orion, justo debajo de la oreja izquierda. Me lo imagino arrancándose de la piel un manojo de cables ensangrentados: los cables que llevo trenzados alrededor de la muñeca.

—¿Esto era suyo?

Doc asiente con la cabeza.

—Lo he encontrado entre sus cosas. Fue él quien lo modificó. No sé por qué lo conservaba, pero este diseño funciona a la perfección —se queda callado. Por increíble que parezca, se muestra aún más incómodo que antes—. Junto a él había una nota. Decía que había hecho este intercom especialmente para ti.

—¿Para mí? —pregunto, mirando la cosa que llevo alrededor de la muñeca.

—Orion decía en la nota que estaba preocupado por tu seguridad, sobre todo si a él le pasaba algo y Eldest era derrocado... como finalmente sucedió.

No sé cómo tomarme sus palabras. Orion, que intentó matar a mi padre y asesinó a otras personas congeladas e indefensas, se preocupaba por mí hasta el punto de legarme su intercom... La idea me hace sentir una emoción contradictoria, en parte agradecimiento y en parte repugnancia.

—No es que quiera un intercom, pero ¿no podrías hacer otro, uno nuevo que no haya estado bajo la piel de nadie?

—Nuestros recursos son limitados. No tenemos suficientes intercoms listos para todos los niños que nacen; los navegadores están fabricando más a toda prisa. Y no puedo programar uno usado para un bebé, porque hay muchas posibilidades de que deje de funcionar dentro de cierto tiempo.

Toqueteo el cierre metálico para quitarme el dichoso trasto.

A Doc le tiembla la mano, pero no intenta detenerme.

—Amy, necesitas un intercom. Si no aceptas este, habrá que implantarte uno.

—No puedes obligarme a...

—Yo no —me corta—. Pero Elder sí. Los dos estamos de acuerdo en que tienes que ser capaz de pedir ayuda si...

Dejo la mano quieta. «Si...».

¡Frexo! Tiene razón.

Doc asiente, satisfecho de que haya cambiado de idea.

—Bueno, solo vine para darte esto. Si necesitas algo más, dímelo —dice alejándose, y cierra la puerta al salir.

Yo me quedo tan helada como cuando estaba en el ataúd de cristal y el hielo acallaba los latidos de mi corazón.

«Frexo» es una de sus palabras.

Pero yo no soy uno de ellos.

Yo, con mi intercom en la muñeca, no soy uno de ellos.

No lo soy.

No lo soy.

